

a l'ombra de l'alzina
a la sombra de la encina
à l'ombre du chêne
all'ombra della quercia
Magdalena Aulina

15/03/2016

Resucitado al amanecer del primer día de la semana, se apareció primero a María Magdalena, de la que había echado siete demonios. Ella fue a anunciárselo a sus compañeros, que estaban de duelo y llorando. Ellos, al oírle decir que estaba vivo y que lo había visto, no la creyeron. Después se apareció a dos de ellos que iban caminando al campo. También ellos fueron a anunciarlo a los demás, pero no los creyeron. Por último se apareció Jesús a los once, cuando estaban en la mesa, y les echó en cara su incredulidad y dureza de corazón, porque no habían creído a los que lo habían visto resucitado. Y les dijo: "Id por todo el mundo entero y proclamad el Evangelio a toda criatura". (Mc 16, 9-15).

A los discípulos les resultaba difícil creer las palabras de María Magdalena. Eso que ella decía, que había visto "a Jesús vivo y resucitado", parecía un absurdo. Ellos no podían comprender que eso fuera posible. Sólo el Espíritu Santo abriría sus mentes y sus corazones, y les permitiría creer en el Señor resucitado y ser sus testigos hasta dar la vida por él.

Nos sucede también a nosotros, a veces, que nos vemos desconcertados ante el misterio que envuelve la vida, el dolor, la enfermedad, la muerte. Nos parece que Dios está alejado y ausente. Sólo el Espíritu del Señor nos puede ayudar y nos puede sostener. Sólo él puede abrir nuestro corazón y nuestra mente.

Como ocurrió en el pasado, también hoy Dios hace surgir a hombres y mujeres especialmente sensibles, abiertos y dóciles al soplo del Espíritu Santo. Ellos caminan junto a nosotros, y nos pueden ayudar. Con palabras de esperanza y de verdad nos pueden infundir coraje. Sin embargo, a veces, también a nosotros nos resulta difícil creer. Somos duros de corazón y no sabemos (o no queremos) reconocerlo. Y aún menos estamos dispuestos a aceptarlo.

Cuando faltan dos meses de la apertura del Año centenario del inicio en Banyoles de las actividades Magdalena Aulina, este pasaje del Evangelio es muy significativo para todos nosotros. En efecto, nos ayuda a entender cómo en cada época la acción del Espíritu Santo guía a la Iglesia y abre el corazón de todos los que se dejan conducir...

Magdalena Aulina, mujer sencilla, pero llena del amor de Dios y de mucha sabiduría, traía una novedad increíble para esos tiempos. Tampoco a ella la creyeron al principio. Tuvieron que pasar años antes de que el Espíritu Santo iluminase el corazón y la mente de aquéllos que tenían que reconocer y aprobar su carisma y su profecía.

Magdalena no se desanimó. Se mantuvo fiel a la inspiración. No se cansó de obedecer el mandato de Jesús: *Id por todo el mundo y proclamad el Evangelio a toda criatura.*

De esta llamada urgente del Maestro ella hizo el centro de su misión, de su acción, del carisma que ha dejado como don precioso a la Iglesia: *"Id y predicad el Evangelio a toda criatura, viviendo en el mundo a campo raso, a merced de todos los vientos, sin fronteras, porque el amor de Cristo no conoce fronteras"*.

Fue precisamente la caridad, el amor a Jesús y a los hermanos, lo que la movía y la estimulaba a estar entre la gente, para difundir el amor, la esperanza, la fe, el entusiasmo, la alegría, la coherencia. Sin duda, fue el Espíritu Santo el que hizo de Magdalena Aulina un ejemplo de vida cristiana, una verdadera testigo del Evangelio. Ella quería que todos pudieran experimentar el amor de Jesús, que está cerca de cada dolor y de cada sufrimiento, que acaricia nuestras heridas y cuida a todas sus criaturas con infinita ternura.

¡Que el carisma de Magdalena Aulina logre, también hoy, traer muchos frutos de bien!